
Estados Unidos. Madrid: Instituto Cervantes, 2009.

Los grupos migratorios

Humberto López Morales

Origen de los grupos migratorios

Antes de que la inmigración de hispanos a los Estados Unidos comenzara a presenciar cifras de cierta importancia, debe destacarse la existencia de varios asentamientos antiguos, residuos de núcleos poblacionales anteriores a la conformación moderna de ese país. Tal es el caso, sobre todo, de los mexicanos del suroeste y, después, de los canarios de la Luisiana y de los escasos restos españoles de la Florida, pero, en cualquier caso, carecen de relieve para la situación actual. Estos constituyeron lo que los sociólogos llaman 'inmigrantes en tierra propia'.

Descontando algunas aventuras aisladas y de poca monta, la verdadera inmigración comienza en el siglo XX con México a la cabeza; le siguen los puertorriqueños, más tarde los cubanos y, en las últimas décadas los dominicanos, los centroamericanos, y otros procedentes de diferentes zonas de la América del Sur. Los españoles han sido y continúan siendo una notable minoría.

La inmigración mexicana, la más temprana de todas, comenzó muy a finales del siglo XIX: en 1920 ya era abundante, y seguía creciendo, de manera que en tiempos de la Gran Depresión los expulsados del país fueron unos 500.000. Las nuevas olas inmigratorias muy pronto recuperaron esas cifras, e incluso las multiplicaron. La necesidad de mano de obra para los trabajos agrícolas en los Estados Unidos, desde entonces en constante expansión, fueron el motivo principal de estos traslados hacia el norte, legales los más, ilegales en una proporción desconocida, aunque minoritaria. La situación se ha mantenido con auge singular hasta nuestros días.

Después de la Segunda Guerra Mundial le tocó el turno a los puertorriqueños. La situación era diferente, pues los nacidos en la isla eran desde 1971 ciudadanos norteamericanos, por lo que sus

movilizaciones hacia Nueva York, lugar de asiento preferido por este grupo, no presentaba problema inmigratorio alguno. En este caso, no hubo –ni hay—inmigrantes ilegales. Para 1960, ya esta ciudad y los territorios contiguos del noroeste contaban con cerca de un millón de ciudadanos llegados de la isla caribeña. Y el traslado solo daba sus primeros pasos.

Los cubanos ocupan el tercer lugar en cuanto a cronología de llegada. Aunque con anterioridad a 1959 ya había pequeñas concentraciones de individuos de este origen en los Estados Unidos, las cifras no se disparan hasta el triunfo de la Revolución castrista y las décadas subsiguientes. Año tras año, el volumen de refugiados cubanos en ese país ha protagonizado un crecimiento auténticamente espectacular (López Morales, 2003: 19-41).

Con posterioridad, otras inmigraciones han venido a aumentar la presencia hispana en territorio norteamericano: dominicanos, centroamericanos y suramericanos han ido protagonizando diversos capítulos de la historia reciente. La dominicana no comienza en firme hasta mediados de la década de los sesenta; los de Centroamérica, encabezados por los salvadoreños, poco después, con gran número de entradas ilegales. Y más tarde empieza a sentirse la presencia de colombianos, ecuatorianos, peruanos, bolivianos, paraguayos y uruguayos en números siempre más reducidos. En los primeros años de este siglo XXI les ha tocado el turno a los venezolanos y a los argentinos.

Tipos de inmigrantes

Aunque las causas de estos traslados son múltiples y variadas, éstas podrían reagruparse en tres grandes apartados: económicas, políticas y una combinación de ambas.

A razones de mejoras socioeconómicas o simplemente de subsistencia se deben las inmigraciones mexicanas. Asediados por la pobreza y por las barreras que impedían el acceso a salarios dignos y seguros, a una vivienda mínimamente aceptable, a condiciones básicas de salud, a la escolarización de los hijos y a un etcétera, que aunque no muy largo, sí es fundamental, estos grupos de individuos abandonan sus lugares de

origen para instalarse en una especie de 'tierra prometida', que aunque no hubiera sido así en realidad, era siempre mucho mejor que la que habían tenido.

Los perfiles socioeducativos de estos inmigrantes son generalmente bajos, en su mayoría trabajadores agrícolas no especializados que, víctimas ellos mismos de la situación imperante, se han visto privados, entre otras cosas, de una educación que les permitiera avanzar en la vida, y que no desean que esa misma situación de depauperación se repita con sus descendientes. Son los llamados inmigrantes económicos.

Por otra parte están los que escapan de situaciones políticas (y, a veces, religiosas) que consideran inaceptables, como es el caso inicial de los cubanos y de los nicaragüenses. La postura política del Gobierno de La Habana, en un caso, y los vaivenes de Managua entre Somoza y los sandinistas, en otro, han obligado a muchos a abandonar sus lugares, bien por nexos o simpatías con Gobiernos anteriores, los menos, bien por rechazo moral a los planteamientos de los nuevos gobernantes, los más. Su perfil sociocultural es medio o alto, con buenos índices de educación, profesionales especializados en diferentes áreas, y con relativo éxito económico. Son los exiliados.

El grupo más numeroso está constituido por aquellos -otros centroamericanos y suramericanos- que salen de sus países para huir de situaciones económicas angustiosas, producto de guerras intestinas, feroces dictaduras, impericias gubernamentales -cuando no de flagrantes y continuas malversaciones- sufridas repetidamente por sus países de origen. Aunque la razón inmediata de su marcha sea de índole económica (acompañada, a veces, de inseguridad personal), esta ha sido causada directamente por el brutal deterioro social devenido de luchas intestinas o de políticas económicas trasnochadas e inoperantes. El grupo es mixto. Se encuentran en él desde profesionales altamente cualificados hasta obreros sin especialización, insertados en un amplísimo espectro socioeconómico. Son también inmigrantes, aunque el móvil que los haya impulsado sea mucho más complejo que el de los grupos anteriores.

Lugares de destino de los inmigrantes

Los lugares de destino de estos inmigrantes son muy diversos, dependiendo, sobre todo, de su accesibilidad, de la potencialidad de éxito que ofrezcan, de los contactos personales y, por supuesto, de las condiciones de los grupos y de los individuos. Con excepción de Los Angeles y ciudades relativamente pequeñas, y esto recientemente, la gran inmigración mexicana ha ido a zonas rurales o a pequeños poblados. En principio se centraba en los tradicionales territorios del suroeste, pero después se ha extendido, si bien en proporciones más modestas, hacia el norte y hasta la zona este, tanto al área de Nueva York como a la Florida. Los centroamericanos constituyen un punto de transición entre ciudad y ruralia, aunque su punto de asentamiento ha sido California preferentemente. También los suramericanos han apostado por este estado del oeste, aunque su ubicación última sea mucho más abarcadora. En general podría afirmarse que puertorriqueños, cubanos, dominicanos, venezolanos y argentinos constituyen una inmigración urbana. Naturalmente que hoy es posible encontrar cualquier procedencia hispana en todos los estados de ese país.

Demografía hispana en Estados Unidos

Según el censo de 1990, el origen de la población hispana en los Estados Unidos y su densidad demográfica era la siguiente:

Origen	Población	%
México	13.393.208	61.2
Puerto Rico	2.651.815	12.1
Cuba	1.053.000	4.8
El Salvador	565.081	2.6
R. Dominicana	520.151	2.4
Colombia	378.726	1.7
Guatemala	268.779	1.2
Nicaragua	202.658	0.9
Ecuador	191.198	0.9
Perú	175.035	0.8
Honduras	131.066	0.6
Panamá	92.013	0.4

El resto de centroamericanos sumaba 64.233 (0.3%), los demás inmigrantes procedentes de Suramérica, 378.726 (1.7%), y los de otros orígenes, incluyendo a España, 1.922.286 (8,8%).

Las inmigraciones hispanas a los Estados Unidos, cada vez más densas y constantes, han superado todos los cálculos estadísticos. En 1982, la población hispana del país era de 15.000.000, el 7% del total; quince años más tarde, ya eran 29.000.000, el 11,1%. Se trataba de unas cifras —en 1997—que se acercaban mucho a la primera gran minoría, la de los negros (12,8%). En 1966 el Current Population Report suponía que para el año 2000 la población hispana sería de 31.366.000, y que para 2002 (52.000.000) habría superado con creces a la negra, convirtiéndose así en la primera minoría de la Unión. Pronosticaba también que en 2016 la composición demográfica de los Estados Unidos habría cambiado completamente, y que continuaría haciéndolo, pues para entonces la inmigración hispana sería mayor que la de todos los grupos étnicos juntos (Day,1996:1). Estas previsiones para el futuro son ya, desde 2002, una contundente realidad, pues los 35.300.000 hispanos constituían entonces el 12,5%, mientras que la población negra no hispana de la Unión se queda en el 12%. Estamos hablando de un aumento de cerca del 60% con respecto a 1990, de un salto demográfico espectacular que va de los 22.400.000 de aquellos años a los 35.300.000 de 2002.

Los hispanos radicados en suelo norteamericano suman hoy (2006) 44.300.000 (el 14,8%) del total de la población) lo que convierte a ese país en la segunda nación hispanohablante del mundo según el número de hablantes, sólo por debajo —según datos de la Enciclopedia Encarta 2001 de Microsoft—de México (101.879.170), y por encima de Colombia (40.349.388), España (40.037.995) y la Argentina (37.384.816).

Lo más interesante de este salto es que el aumento de la población hispana se ha producido en los estados más importantes desde el triple punto de vista político, cultural y económico.

Estado	Total pob.	Hispanos	%
California	33.871.648	10.966.556	33.8
Texas	20.851.820	6.669.666	31.9
Florida	15.982.378	2.682.715	16.7

Nueva York	18.976.457	2.867.583	15.1
Illinois	12.419.293	1.530.262	12.3

Estos datos van acompañados de un estancamiento en el crecimiento de la población negra y de una notable regresión entre habitantes blancos.

Nada parece indicar que estas olas vayan a disminuir en el futuro. De una parte, las causas de tipo económico que mueven a muchísimos de estos hombres y mujeres no tienen, por el momento, posibilidad de sufrir cambios sustanciales; al contrario, se han agravado en los últimos años por las terribles devastaciones producidas por huracanes, inundaciones y terremotos, sobre todo en México y en Centroamérica, que son los puntos de procedencia de la mayoría de los inmigrantes ilegales. Estos últimos -hoy se habla de cerca de 12.000.000—no cesan de crecer en números. De otra parte, la política zigzagueante de los Estados Unidos en materia migratoria, aunque amenaza constantemente con deportaciones, termina con buscar algún acomodo y facilita los trámites para legalizar esas situaciones (Morales, 1999:250-251): los políticos quieren votos; los patronos, mano de obra barata, y las grandes empresas, consumidores.

Es verdad que algunas situaciones, sobre todo aquellas que impulsaban traslados debidos a causas políticas, han cambiado sustancialmente, como, por ejemplo, la vuelta a la normalidad democrática en Nicaragua. No puede decirse lo mismo, sin embargo, de Cuba, que ya lleva producidos más de un millón de exiliados, contando sólo los que se han instalado en tierras del 'tío Sam'(López Morales, 2000). El aquí es imprevisible.

Aunque el flujo migratorio es de una importancia notable en el crecimiento poblacional de los hispanos, hay otras dos razones que intervienen muy activamente en el proceso: las altas tasas de fertilidad y los bajos índices de mortandad. Las familias hispanas tienen hoy una media de unos tres hijos (2,97), la tasa más alta de todos los grupos de la demografía norteamericana, que, en general, ofrece un promedio de nacimientos de 2,1 por mujer. Los datos de Day (1996: 21), analizados por Morales (1999:250-251), indican que de un porcentaje de

distribución de nacimientos de un 5,6% del total del país en 1995, se pasará a un 32,8% en 2050.

La esperanza de vida es también superior en los grupos hispanos: en 1995 era de 78,6 años (frente a los 76 de media general) y en 2050 será de 87 (frente a los 82 de la población en su conjunto). Debe ser tomada en cuenta otra circunstancia importante, y es que la población hispana en general está integrada por individuos muy jóvenes.

Edad	Población general	Hispanos
0-19 años	29,5%	39,2%
20-49	45%	46,6%
50-69	17,1%	11%
70 o más	8,4%	3,2%

La comparación de estos datos sobre distribución generacional (Current Population Survey, 1997) no deja lugar a dudas sobre este aspecto.